

Faldellín de estrellas

(Imagen náhuatl del eterno femenino)

Por Miguel LEÓN-PORTILLA

Para A. H. T.

¿Ha habido culturas sin mitos o ritos que evoquen, cada uno a su modo, la realización de lo inefable con rostro de mujer? Goethe, al final de *Fausto*, acuñó la feliz expresión, "lo eterno femenino nos eleva y hace realidad lo inalcanzable". El alumbramiento de la diosa madre, la sonrisa de todas las Venus o Afroditas, la fecundidad, tierra o mujer, entrada y salida del flujo de la vida, fueron siempre tema de antiguos mitos en las más viejas culturas.

Lo eterno femenino es atracción y es receptáculo. Su realidad imprevisible absorbe y acrece anhelo y semilla de hombres y dioses. En el principio se abrió la tierra y entró en ella la vida. La mujer hizo lo mismo y aconteció la siembra de gentes.

Todas las culturas han sentido el misterio. También el antiguo hombre de Anáhuac lo vivió y pensó en él a su modo. Con su palabra hizo flor y canto del rostro y el corazón de mujer. Para él, lo antiguo femenino tenía hondas raíces en el mundo de los dioses. Con sentidos distintos y a veces opuestos, era evocación de los orígenes, madre y doncella, principio informe de la tierra, agua de todos los colores, vida y muerte, partícipe del rostro de quien es Dueño del cerca y del junto. Por medio de su arte, la visión azteca del mundo encontró en la diosa madre, Coatlicue, dinámica expresión con formas y contornos de mujer.

Muchas son las flores y cantos que inventó el hombre prehispánico para designar e invocar al misterio de lo eterno femenino: Faldellín de estrellas y de jades, Señora de nuestra carne, Madre de los dioses, Flor preciosa, Falda de serpientes, Devoradora de inmundicias, Mariposa de obsidiana, Monstruo de la tierra, Dueña de la región de los muertos, La que llora por la noche, Nuestra Madre, Señora de la Dualidad, Rostro femenino de Dios...

Por el camino de los mitos se acercaron los antiguos mexicanos al misterio y al encanto que tiene rostro de mujer. Se conservan algunos de sus himnos y poemas, mágicos portadores de metáforas, acerca de lo eterno femenino. El análisis erudito podrá ayudar a comprender el sentido de esos mitos. Pero para enriquecer vitalmente la propia conciencia con atisbos del hombre prehispánico sobre lo que significa en el universo la mujer, la sola erudición no basta. Hay que situarse en el mundo de flor y canto, evocar vivencias afines y, si preciso fuera, hacer de los antiguos poemas y textos, motivos para pensar y alcanzar un sentir más hondo.

Así quiero situarme ahora frente al rostro de la del Faldellín de estrellas, Citlalinicue, cuyos portentos inolvidables se entretejen en las antiguas relaciones nahuas. Muchas fueron sus actuaciones, con máscaras y nombres distintos, pero como en sinfonía de tema bien concertado, las variantes de los mitos apuntan siempre a rasgos precisos de la misma sutil realidad, divina y humana, de la que es flor preciosa. Cuatro principales momentos, recordados en los viejos poemas, abrirán camino al acercamiento. Los textos, pretextos de flor y canto, entregan el mágico tema para una peculiar y no oída sinfonía de eterno femenino, Faldellín de estrellas.

Daré la enunciación de los cuatro momentos que escojo como variaciones de un mismo tema. Son extraños acercamientos al rostro cambiante que despertó temor casi atávico, pero que fue siempre atracción que sublimó y dio al hombre una posible verdad en la tierra.

En los orígenes cósmicos la del Faldellín de estrellas es Señora terrestre, monstruo y portento que flota sobre las aguas divinas. De su ser provienen los cielos y los cuatro rumbos del mundo, de sus ojos brotan fuentes y ríos, de sus cabellos nacen los árboles y toda especie de plantas. Acrecentadora de semillas, Cintéotl, diosa del maíz, Señora de nuestra carne, Tonacáhuatl, madre y mantenedora de la vida de vegetales, animales y hombres, es la diosa de la tierra que, para dar fruto, necesita ser fecundada con sangre. Es Yaocíhuatl, Señora de la guerra; Itzpapálotl, Mariposa de obsidiana, que todo lo destruye; Mujer de la región de los muertos, Mictēcacíhuatl, que se alimenta de corazones y reabsorbe en su seno rastros y cenizas de hombres.

Con máscara distinta, momento placentero, la Señora de nuestra carne es Flor preciosa, Xochiquétzal, que se solaza en las cavernas con el dios joven, Piltzintecuhtli, seduce al penitente Yappan y es raptada por el noctámbulo Espejo que ahúma, el señor Tezcatlipoca. Pero ella misma, que insta y provoca, es también Tlazoltéotl y Tlaelcuani, Devoradora de inmundicias, ante cuyo rostro se narran y dicen las acciones de la carne por vergonzosas que parezcan. Porque ella, con las aguas de color verde y de color amarillo, lava y baña y endereza los corazones.

Nueva variante del mismo tema. El eterno femenino, Faldellín de estrellas, vive también en los rostros preciosos y en los corazones de jade de las compañeras terrestres de los hombres. Plumajes de quetzal, collares de piedras finas, preciosas hechuras humanas, mujeres logradas en las que se ponen los ojos, falda y camisa, felicidad para el hombre. Mujeres de todos los rostros, doncellas o madres, corazón de la casa o rescoldo del hogar, mujeres divinas, compañeras del sol, curanderas, hilanderas y artistas, o "alegradoras", flores de maíz tostado que saben lucir sus guirnaldas.

Finalmente, cuarta y postrer variación, la que es Faldellín de estrellas es Madre de los dioses, Teteuinnan. La realidad entera se acoge en su regazo. En el mito azteca es Coatlicue, falda de serpientes, que confiere al universo cuerpo de mujer. Es también Tonantzin, Madrecita nuestra, que llora por las noches porque presiente las guerras y la destrucción de los soles y los mundos. Es la Señora de la Dualidad, Omecíhuatl, es el rostro femenino de Moyocoyatzin, inventor de sí mismo que a la vez engendra y concibe. Tonacacíhuatl, mujer de nuestra carne, que vestida de negro y de rojo, hace suyo de nuevo el tema de los orígenes cósmicos y enlaza principios y fines, vigilia y ensueño de las edades a través de las que corre la vida.

SEÑORA DE NUESTRA CARNE, LA QUE COME CORAZONES

Mucho antes de que arribaran por el oriente las grandes casas del agua con los hombres blancos, portadores del madero cruzado, se refería, se decía entre las gentes de Anáhuac, que ya antes había habido cuatro formas distintas de vida, cuatro soles o edades, de agua, de tierra, de fuego y de viento. Todas, una a una, existieron y terminaron después de manera violenta. La última de las edades, la del sol de movimiento, que es la de nuestro príncipe en Tula, la del señor Quetzalcóatl, es ésta en que nosotros vivimos. Las páginas de los códices y los antiguos mitos describen sus comienzos. Cuando aún era de noche, por el sacrificio de los dioses que se arrojaron a la hoguera, volvieron a existir el sol y la luna. La tierra, con todo lo que en ella crece y se mueve, tuvo un principio distinto. Los dioses, restaurados los astros, habían quitado ya el velo a la del Faldellín de estrellas. La diosa madre, recipiente universal de las semillas, tenía que dar nueva vida, de su ser mismo, a los cuatro rumbos del mundo. Escuchemos el antiguo relato:

"Había una diosa llamada Tlalteu que es la tierra..." Para hacerla fecunda, los dioses le dieron su semilla, "por su boca entró el dios Tezcatlipoca y un compañero suyo, el llamado Ehécatl, entró por el ombligo y los dos se juntaron en el corazón de la diosa que es el centro de la tierra... la diosa tenía por todas partes ojos y bocas con las cuales mordía como una bestia salvaje..." Tezcatlipoca y Ehécatl "se transformaron los dos en dos grandes serpientes. Una de ellas cogió a la diosa de la mano derecha y del pie izquierdo y la otra se asió de ella de la mano izquierda y del pie derecho y, la oprimieron tanto, que se rompió por en medio. De la mitad del lado de las espaldas, hicieron la tierra y la otra mitad la llevaron al cielo... Después de esto, para compensar a la diosa del daño que los dos dioses le habían hecho, los otros dioses bajaron a consolarla y ordenaron que de ella brotaran los frutos necesarios para la vida de los hombres. Para esto, hicieron de sus cabellos árboles y flores y yerbas; de su piel creció la yerba menuda y nacieron las flores pequeñas; de sus ojos, los pozos y las fuentes y las

pequeñas cavernas; de la boca, los ríos y las grandes cuevas; de su nariz, los valles y los montes; de sus espaldas, las grandes montañas. Esta diosa lloraba algunas veces por la noche, deseando comer corazones de hombres y no se quería callar más que con aquellos que se le habían entregado, ni quería dar fruto si no estaba regada con sangre de hombres..."¹

Del cuerpo de la diosa madre, monstruo y portento, se formaron los cielos y la tierra con sus rumbos de colores. Para hacer brotar la vida de sí misma, la Señora de nuestra carne hubo de absorber la semilla de los dioses. Con dolor dio a luz la realidad entera, "los dioses la oprimieron tanto que ella se rompió por en medio". Pero su ser, receptáculo de la vida, no pudo morir. Buscó nuevas formas de alimento y energía para poder continuar su serie infinita de alumbramientos. La Señora de la tierra conservó ojos y bocas innumerables "con los cuales mordía como una bestia salvaje". Generosa en los partos, se mantuvo avara y hambrienta, absorbiéndolo todo y queriendo comer corazones y ser regada con sangre de hombres.

La diosa madre sabe que su atributo es la vida. De esto derivan su atracción y su fuerza invencible. Sin ella, nada ni nadie puede existir. En el lugar de los orígenes, en el misterioso Tamoanchan, donde se yergue el árbol florido, dio a luz a los dioses, cuando aún era de noche. Ella misma es Tonantzin, nuestra madre, de cuya carne nacimos los hombres. Cuando en las fiestas se la invoca como madre de los dioses y de los rostros y corazones humanos, no puede olvidarse su poder inefable. También es raíz de la vida que bebe inexorable la savia vital de la sangre. Por eso la guerra y la muerte son también su atributo:

Flores amarillas abrieron sus corolas:
Es nuestra madre, la del rostro con máscara.
¡Tu punto de salida es Tamoanchan!
Flores amarillas son tus flores.
Es nuestra madre, la del rostro con máscara...
¡Tu punto de partida es Tamoanchan!



"Vigilia y ensueño de las edades a través de las que corre la vida"

Flores blancas son tus flores . . .
 ¡Es nuestra madre! Mariposa color de obsidiana,
 veámosla ya,
 en el lugar de las nueve llanuras
 se nutrió con corazones de ciervos,
 ¡es nuestra madre, la señora de la tierra!
 Con greda nueva, con nuevos plumajes,
 está embadurnada.
 Por los cuatro rumbos se están rompiendo los dardos . . .”²

Itzpapálotl, mariposa negra, color de obsidiana, es nuestra madre, Señora de la tierra. Es la antigua deidad cazadora que, por los cuatro rumbos del mundo, dispara sus flechas para que corra la sangre, para obtener alimento de las vidas que acaban, como lo determinó el Dios Viejo, señor del tiempo y del fuego. Itzpapálotl lo practicó así desde tiempos antiguos y lo dejó ordenado también a sus seguidores, los chichimecas:

Marcharéis al rumbo de la luz, al oriente
 y hacia allá lanzaréis vuestros dardos:
 águila amarilla, tigre amarillo,
 serpiente amarilla, conejo amarillo, ciervo amarillo.
 Y después marcharéis al rumbo de la región de la muerte,
 (al monte,

y hacia allá también lanzaréis vuestros dardos,
 allá, en el lugar de la tierra pedregosa:
 águila azul, tigre azul,
 serpiente azul, conejo azul, ciervo azul.

Y después marcharéis hacia la tierra de los regadíos, al
 (poniente,

y allí también de igual modo lanzaréis vuestros dardos
 en la tierra de las flores:
 águila blanca, tigre blanco,
 serpiente blanca, conejo blanco, ciervo blanco.

Y después marcharéis al rumbo de las espinas, al sur,
 y de igual modo lanzaréis vuestros dardos
 en la tierra de las espinas:
 águila roja, tigre rojo,
 serpiente roja, conejo rojo, ciervo rojo.

Y cuando hayáis lanzado vuestros dardos . . .
 poned luego la mano en el dios del tiempo, el dios viejo . . .”³

Sin anhelos de sangre, la diosa madre, de múltiples máscaras y múltiples nombres, la que vive en Tamoanchan, no puede existir. Para hacer que la vida florezca, ha de absorber ella misma la vida, corazones de hombres, semillas de dioses. Su destino es ser madre. Recibe ella los huesos preciosos que le trajo el dios Quetzalcóatl de la región de los muertos, para infundirles de nuevo la vida. Con amor y ternura hace crecer las plantas, alimenta a los hombres, es nuestra madre, la señora de nuestra carne. Pero para existir, para seguir fomentando la vida, ha de acallar antes su hambre infinita, su voracidad que todo lo absorbe.

Nuestra madre es monstruo y portento: “yo tengo otros cuatro nombres con que me conozco (exclama ella en un himno), uno de los cuales es Cohuacihuatl, que quiere decir, mujer culebra; el otro Cuauhcihuatl, mujer águila; el otro Yaocihuatl, mujer guerrera; el cuarto, Tzitzimicihuatl, que quiere decir mujer infernal. Y según las propiedades que se incluyen en estos nombres, veréis quién soy y el poder que tengo y el mal que puedo hacerlos . . .”⁴

Vida y muerte, amor y terror, alumbramiento y reabsorción, son los momentos centrales del mito que unió los orígenes cósmicos con el portento de la diosa madre, Faldellín de estrellas, señora de nuestra carne. La que fomenta la vida, mantiene sus labios teñidos de sangre. Hace crecer la mazorca dorada en la sementera divina y enciende la guerra, se adorna con plumas y viene a barrer los caminos. Los mortales la buscan, pero al mismo tiempo la temen. Quien alcanza a comprender su ritmo vital, enderezó ya el corazón. Morir es regresar al regazo de nuestra madre, volver a caer en el receptáculo universal de la vida, tal vez condición insalvable, que hace posibles alumbramientos futuros.

Tenemos que dejar las bellas flores y los bellos cantos, por breve instante hemos brotado, recibimos el calor del sol, conocemos los rostros de nuestros amigos; pero al fin, como plumajes de quetzal que se desgarran, todos seremos destruidos. El corazón de los hombres soslaya el comienzo y el fin. En realidad no puede entenderlos: la diosa madre da a luz, más tarde barrerá los caminos. El hombre de Anáhuac se yergue y resignado le pide que lo acoja al fin en su seno:

Voy ante nuestra madre y le digo:
 ¡Oh, tú por quien todos viven!
 No te muestres severa,
 no seas inexorable en la tierra,
 vivamos nosotros a tu lado,
 allá en tu mansión de Tamoanchan . . .”⁵

FLOR PRECIOSA, DEVORADORA DE INMUNDICIAS

La diosa madre que todo lo absorbe, luce también, cuando quiere, un rostro sonriente, muy distinto de las máscaras que producen pavor. Es Xochiquétzal, Flor preciosa, que busca y provoca el amor.

Cierto día que los dioses descendieron a la tierra, hallaron en una de sus muchas cavernas al dios joven, Piltzintecuhtli, acompañado de Xochiquétzal. Juntos se holgaban y hacían realidad sus afanes. Xochiquétzal, brillo del faldellín, que atrae, disfrazó su hambre cósmica, buscó las caricias, quiso sentir el placer y comenzó a henchirse de amor.

Otra vez, Xochiquétzal estaba en su mansión de Tamoanchan, allí contemplaba el árbol florido. Era entonces mujer de Tláloc, dios de las lluvias. Como en los mitos no hablan de causas o efectos, no sabemos de cierto el porqué, pero un día Xochiquétzal, cansada tal vez de las ausencias de su compañero ocupado en las lluvias, aceptó marcharse con el noctámbulo Espejo que ahúma, el señor Tezcatlipoca. Y se refiere, se dice que a partir de ese día fue diosa del amor y el placer.

En la tierra, en una de las edades que han precedido a la nuestra, vivía un penitente de nombre Yappan. Por aplacar a los dioses había dejado casa y mujer. Habitaba sobre una piedra en abstinencia y castidad. Yappan fue tentado por varias mujeres que no lograron hacerlo quebrantar su propósito. Pero un día:

Descendió Xochiquétzal
 al lugar donde estaba Yappan
 y le dijo:

—“Yappan, hermano mío,



“Caminamos, andamos aquí en la tierra”

...he venido yo tu hermana,
yo Xochiquétzal.
Vengo a saludarte,
vengo a cumplir contigo el ministerio de mujer."
Yappan respondió:
—“Has venido, hermana mía Xochiquétzal.
—“He venido, dijo ella,
¿por dónde subiré a la piedra?”
—“Espera, dijo Yappan,
que voy allá.”
Entonces subió Xochiquétzal,
cubrió a Yappan con su camisa
y él rompió su promesa.
Y esto aconteció
por ser Xochiquétzal forastera,
diosa que venía de los cielos,
de los nueve travesaños
que están sobre nosotros...”⁶

El rostro sonriente de Xochiquétzal logró hacer que el hombre de Anáhuac olvidara por algunos momentos los anhelos de sangre y de guerra que bullían en la diosa, señora de la tierra. Gustosamente atraídos, comenzaron a acercarse los hombres al faldellín de estrellas. Aparecieron otras formas de invocación que, al menos a simple vista, nada tenían que ver con la muerte y la sangre. Para entregarse mejor al amor, aprendió el hombre conjuros y encantamientos:

En el cerro de los espejos,
en el lugar del encuentro,
yo llamo a la mujer,
le entono cantos,
estoy fatigado,
he venido a quedar fatigado.
Traigo en mi ayuda
a mi hermana, Xochiquétzal,
que viene rodeada por una serpiente,
y luce sus cabellos atados.

Desde ayer y anteayer
por esto lloro,
estoy fatigado.
De verdad es una diosa,
de verdad es un portento...
¿Acaso mañana, acaso pasado?
¡Ahora he de tenerla!
¿Estoy de verdad en la guerra?
Ahora no soy guerrero,
¡mi lucha es con mujer!⁷

Y así, sin vencer quizás del todo un antiguo temor, el hombre prehispánico recibió como un don de la diosa madre, ataviada de Xochiquétzal, la necesidad, ya confesable, de darse al amor para hacer vital trueque entre simiente y placer. De verdad no era malo el amor inspirado por Xochiquétzal. Los ancianos en sus pláticas llegaron a afirmar que entre las cosas buenas que hay en la tierra, al lado de los alimentos, la risa, el sueño, nuestra fuerza y nuestra robustez, está el amor y el placer por el cual se hace siembra de gentes.

Pero la diosa de la tierra, preñada de anhelos, hambrienta quizás no ya sólo de la semilla del dios joven, del señor de la lluvia o del Espejo que ahúma, sino también de la de todos los hombres, inflamó amores con ansia, con furor provocó y encendió corazones.

Xochiquétzal cambió entonces de máscara. Iba a reaparecer el antiguo temor. Los sacerdotes acuñaron advocaciones distintas. La llamaron Tlazoltéotl, diosa de la basura y Tlaelcuani, devoradora de inmundicias. Con estos nombres era necesario implorar. La entrega al placer y al amor se tornaban en polvo y basura, en torcimiento del corazón.

Para enderezar la propia existencia, para escapar del mal, había que devolver a la diosa lo que ella misma había fomentado. Se inventó un rito, la acción que lava y endereza el corazón de la gente. Así la diosa de la tierra escrutaría antes los corazones que un día habrían de ser su alimento:

Se llamaba devoradora de inmundicias,
porque ante su rostro se decían,
ante ella se cantaban las acciones de la carne.
En su cara se decían, se enderezaban
todas las obras del placer,
por muy espantosas que fueran,



“Breve instante duran el amor y el placer”

por muy depravadas,
nada se escondía por vergüenza,
todo en su cara se aclaraba, se decía...
El polvo y la basura,
las obras de la carne,
Tlazoltéotl las provocaba, las encendía,
Tlazoltéotl las fomentaba.
Y sólo ella descargaba,
ella purificaba, aliviaba,
ella lavaba, bañaba,
en sus manos estaban las aguas
las de color verde, las de color amarillo...
Ante ella se conocía el corazón,
ante su rostro se purificaba
la movilidad de la gente...⁸

Breve instante duran el amor y el placer, dones de Xochiquétzal. La sonrisa se convierte en polvo y basura, las obras de la carne, al igual que los corazones, serán también devoradas. Estupenda atracción de Xochiquétzal, faldellín de estrellas, con que se cubre el misterio. La corola está abierta, es la mitad de la noche. Ya se tiende el dios joven, Piltzintecuhtli, ¿ha venido Xochiquétzal, señora del placer, o es Tlazoltéotl que ha llegado para hacer limpieza y barrer los caminos?

PRECIOSA HECHURA HUMANA: MUJERES DE ANÁHUAC

Lo eterno femenino no ostenta ahora rostro de diosa. Faldellines y camisas innumerables, madres, esposas, hermanas o hijas del hombre en la tierra. También sus corolas se abren y nace de ellas la vida. Alfareras o hilanderas, curanderas, dedicadas al culto de los dioses, casamenteras, artistas o alegradoras, siempre, y antes que nada, sementeras de hombres, como el portento de la tierra, entradas y salidas del fluir de la vida.

“Aquí estás... mi collar de piedras finas, mi plumaje de quetzal, mi hechura humana...”, exclama el hombre náhuatl, hablando con su hija al entrar ésta a la edad de discreción. “Escucha bien, mira con calma (dice, señalando a su esposa), he aquí a tu madre, tu señora, de su vientre, de su seno te desprendiste, brotaste. Como si fueras una yerbita, una plantita, así naciste. Como sale la hoja, así creciste, floreciste. Como si hubieras estado dormida y hubieras despertado.

Escucha, mucho te he dado a entender que eres noble. Mira que eres cosa preciosa, aun cuando ahora seas sólo una mujercita. Eres piedra fina, eres turquesa. Fuiste forjada, tienes la

sangre, el color, eres brote y espina, cabellera, desprendimiento, eres de noble linaje...

"He aquí tu oficio, lo que tendrás que hacer: durante la noche y el día, conságrate a las cosas de Dios, muchas veces piensa en el que es como la Noche y el Viento, hazle súplicas, llámalo, invócalo..."

"Y hecho esto... ¿cómo cumplirás con tus deberes de mujer? ¿Acaso no prepararás la bebida, la molienda? ¿No tomarás el huso, la cuchilla del telar? Estas cosas que de algún modo se llaman las que pertenecen a las personas, son las que corresponden a las señoras..."

"Abre bien los ojos para ver cómo es el arte tolteca, cuál el arte de las plumas, cómo bordar en colores, cómo se entreveran los hilos, cómo los tiñen las mujeres, las que son como tú, las señoras nuestras, las mujeres nobles..."⁹

Ternura y amor rebosan las palabras del padre náhuatl al hablar con su hija pequeña. Le ha señalado algunos rasgos del rostro ideal de la mujer. Es cosa preciosa, como el plumaje del quetzal, como los collares de piedras finas, destino suyo en la tierra es consagrarse a las cosas de Dios, ser madre, atender a los deberes del hogar y cultivar también las antiguas artes de los toltecas. El hombre profundamente la quiere y respeta y por eso, en las fiestas y reuniones, cuando habla a las gentes, siempre antepone a la mujer e inicia así sus palabras: "señoras y madres nuestras, señores y padres..."

Los antiguos mexicanos, en su imagen de la mujer, por espontánea labor de catarsis habían desvanecido aquellos rasgos y atributos de la diosa madre que provocaban horror y temor. Era cierto que el rostro y corazón femeninos podían torcerse, dando lugar a la ambición, al deseo de poseer todo, a la lujuria y a la vida alegre. Pero todo esto, la educación, los preceptos religiosos y el cuidado de los padres podían evitarlo. El destino de la mujer en la tierra era bueno. Lejos de estar esclavizada o en inferioridad oprobiosa, su misión de esposa y madre, de artista, curandera, servidora de los dioses, o de mujer divina que moría al dar a luz, se reconocían y consideraban con rasgos ideales. Con verdad podía decirse, al descender al mundo un rostro femenino, que había llegado:

Un jade, una ajorca,
una turquesa divina,
una pluma de quetzal,
cosa preciosa,
la más pequeñita,
digna de ser cuidada,
tierna niña que llora,
criaturita que aparece limpia y pura...¹⁰

La niña, consagrada al poco tiempo a los dioses, había de ser guiada en los años venideros por sus padres y maestros: "No seas vana (le dirán), no te dejes vanamente... Es buen tiempo, todavía es buen tiempo, porque hay en tu corazón un jade, una turquesa. Aún está fresca, no se ha deteriorado, no se ha logrado, no se ha torcido. Que nadie diga de ti, te señale con el dedo, hable de ti... No ensanches tu rostro, no te ensobrecas, como si estuvieras en el estrado de las águilas y los tigres, como si estuvieras luciendo tu escudo. No hagas quedar burlados a nuestros señores por quienes naciste. No les echas polvo y basura, no arrojes inmundicias sobre su historia, su tinta negra y roja, su fama. No los afrentes con algo, no como quiera desees las cosas de la tierra, no pretendas, con ligereza gustarlas, aquello que se llama las cosas sexuales, y si no te apartas de ellas, ¿acaso serás divina?"¹¹

Siguiendo así consejos y enseñanzas, llegará el día en que la joven mujer náhuatl realice en sí misma los antiguos ideales. Será entonces:

La mujer ya lograda,
en la que con respeto se ponen los ojos,
digna, que no es objeto de diversión,
en cuyo rostro está la femineidad.
La que trabaja y no se está ociosa,
la que emprende cosas y tiene ánimo...¹²

En ella pondrán los ojos los padres de quien habrá de ser su compañero en la tierra. Éste, tras haberse preparado y formado en el arte de la guerra, en la profesión de comerciante o de artista, o como simple hombre del campo que trabaja tierras propias o ajenas, llegará a conocerla algún día. El dios supremo, que es Dueño del cerca y del junto y la diosa madre que es su rostro femenino, propiciarán el encuentro, harán posible

su unión. No tendrá ella que afanarse buscando al que será su compañero. No lo buscará como las mujeres públicas que en el mercado van y vienen y andan con apetito de hombre. Cuando por fin llegue el escogido del Dios Dual, el aceptado por sus padres, ella no habrá de desecharlo, su destino es ser feliz a su lado. Y cuando, de acuerdo con el antiguo rito, se entrelace su camisa con la manta de quien será su marido, juntos vivirán hasta acabar la vida. Y esto, aunque su hombre sea sólo un aguilita, un tigrillo, un pobre soldado, con mucho cansancio, falta de bienes, que ni aun por esto debe ser despreciado.¹³

La mujer ya lograda llegará a ser madre. Hará verdad la palabra de los dioses que dejaron dicho que ha de haber siempre generación en la tierra:

La madre de familia:
tiene hijos, los amamanta.
Su corazón es bueno, vigilante,
es diligente, también cava la tierra,
tiene ánimo y vigila.
Con sus manos y su corazón se afana,
educa a sus hijos,
se ocupa de todos, a todos atiende.
Cuida de los más pequeños.
A todos sirve,
Se afana por todos, nada descuida,
conserva lo que tiene,
jamás reposa.¹⁴

No debe ser temerosa; si los dioses así lo disponen, podrá tal vez morir en su oficio de madre. Habrá entonces cumplido la suprema misión de mujer. Como la diosa madre, habrá peleado con fuerza. Como los guerreros, también ella, a su modo, podrá acabar llevando aprisionado en su seno a un humano. Y si al tratar de meterlo en la vida, ella pierde la suya, se dirá que ha pasado a ser compañera del sol, mujer divina que ha amanecido y ha entrado a la región deleitosa donde moran los dioses.

Pero además de ser madre, su destino puede llevarla también a colaborar con el hombre en sus muchos afanes. Llegará entonces a ser bordadora o hilandera, que pone su corazón en aquello que hace. Será artista de las flores, sus obras serán alabadas, llegará a ser como los toltecas. Será quizás vendedora en el mercado, casamentera que arregla nuevas uniones de mujeres con hombres según las costumbres antiguas. Podrá ser curandera que conoce las yerbas, que atiende a la gente, la ayuda, la hace sanar, remedia los males.

En su vida habrá pesar y dolor. Sufrirá con las hambres y las guerras. Se acordará de los dioses, les dará culto, ella misma será fuego del hogar. Cuando su marido o sus hijos marchen a la guerra sagrada, repetirá, como las madres de siempre: "He aquí a nuestros hijos queridos, aquí los vemos ahora. Dentro de cinco o diez días llegará la palabra: arden ya el fuego y el agua, existe la guerra. ¿Habrán de regresar acaso mis hijos? ¿Encontrarán el camino que pueda traerlos? ¡En verdad para siempre se han ido...!"¹⁵

Cuando por fin llegue a ser una anciana, su misión no habrá acabado. Los atributos buenos de la diosa madre seguirán existiendo en su alma:

La anciana, corazón de la casa,
rescoldo del hogar,
vigilante.
La buena anciana,
amonesta a la gente,
le da voces.
Es luz, tea, espejo,
ejemplo y dechado.¹⁶

Alabanza de la mujer en la tierra son estos textos que nos dejó el hombre náhuatl. Digna de respeto y de amor fue para él la mujer. Al contemplar a su compañera en la tierra, logró prescindir del antiguo terror que le causaba la diosa madre de múltiples máscaras. Por eso quizás se afaná en liberar a la mujer de los posibles peligros que en la vida le acechan, anhelos de placer y lujuria provocados por Xochiquétzal, o afán de absorción que todo lo devora como el antiguo monstruo femenino que tiene bocas y ojos innumerables.

Mas a pesar de las amonestaciones y de la rigidez de la moral religiosa, algunas de sus mujeres siguieron el camino de Tlazoltéotl, la devoradora de inmundicias, y se convirtieron en



"Su corazón era un jade"



"monstruo y portento"

alegradoras que buscan y venden placer. Con el mismo temor que les infundía la diosa madre, advirtieron los antiguos mexicanos el nuevo peligro. Con afán moralizante grabaron en su corazón la imagen de la alegradora. Llegaron incluso a componerle poemas tristes y amargos. Entre otras cosas de ella dijeron:

Ave roja de cuello de hule,
fresca y ardorosa,
luces tu guirnalda de flores.
¡Oh, madre!
Dulce, sabrosa mujer,
preciosa flor de maíz tostado,
sólo te prestas,
serás abandonada,
tendrás que ir
a donde todos quedarán descarnados.¹⁷

La moral condenaba en el fondo la causa del antiguo temor. La mujer era la compañera del hombre. Su corazón era un jade. Elevado por encima de todo aparecía su destino, pero éste podía echarse a perder. La mujer, también como el hombre, tenía que dialogar con su propio corazón, tenía que aprender a hacer verdadero su destino en la tierra, tenía que hacer suyas las virtudes de todas las diosas, pero sin olvidar que en la tierra por el medio se anda y por el medio se vive. Como lo dejó dicho la madre al amonestar a su hija pequeña, "por lugar difícil caminamos, andamos aquí en la tierra. Por una parte un abismo, por la otra un barranco. Si no vas por en medio, caerás de un lado o del otro... Eres cosa preciosa... Vive en calma y en paz sobre la tierra el tiempo que habrás de vivir... Aprende a ser feliz, ¡acércate al Señor Nuestro, al Dueño del cerca y del junto!"¹⁸

ROSTRO FEMENINO DE DIOS

Plumajes de quetzal, collares de piedras finas, seres preciosos, son las compañeras del hombre en la tierra. Pero en tanto que la mujer ya lograda, la madre y la anciana, justamente como plumajes de quetzal también se desgarran y se pierden en la región del misterio, la diosa madre sigue existiendo en Tamoanchan, lugar de los orígenes, donde se yergue el árbol florido.

La mujer en la tierra es madre de hombres, la señora celeste lo es de los dioses, es raíz de lo que existe y, por fin, rostro femenino del dios único que se está inventando a sí mismo. Según se refiere y se dice, el sabio señor Quetzalcóatl, inventor de las artes y el saber de los toltecas, en sus meditaciones logró soslayar el misterio. Invocaba y tenía por dios al supremo ser dual del que todo procede:

A la del Faldellín de estrellas,
al que hace lucir las cosas;
a la Señora de nuestra carne,
al Señor de nuestra carne;
la que se viste de negro,
el que se viste de rojo;
la que es raíz de la tierra,
el que le da su calor...¹⁹

Metáfora del dios de la dualidad es el astro que en el día hace brillar la realidad y que por la noche, con la fascinación del faldellín de estrellas, todo lo opaca y lo esconde. Su atavío es de color negro y rojo como las tintas con que se dibujan y escriben los códices donde se conservan los mitos, las cuentas del calendario y la vieja sabiduría. Señora de nuestra carne y apoyo de lo que existe es el rostro femenino de dios. Cuando en los principios de esta quinta edad del sol de movimiento en la que ahora vivimos, el Dador de la vida comunicó su ser al universo, abrió de nuevo su libro de pinturas y con flores y cantos, con tinta negra y roja, comenzó a dibujar:

Con flores escribes las cosas,
¡oh, Dador de la vida!
Con cantos das color,
con cantos sombreas
a los que han de vivir en la tierra...
Solamente en tu libro de pinturas vivimos,
aquí sobre la tierra...²⁰

Activa se mostró entonces la diosa madre, señora del Dador de la vida: "llegó el hombre y lo envió acá nuestra madre, nuestro padre, la señora de la dualidad..."²¹ Había descendido ella misma de los pisos celestes, abandonando la región del árbol florido para dar ser a la tierra. Se había convertido en el monstruo y portento terrestre que se pinta en todos los códices que al fin pretenden ser meras copias del libro de pinturas del Dador de la vida. Aunando principios y fines, el monstruo terrestre, la diosa madre, se mostró pronto generosa pero también exigente. De su cuerpo de bocas innumerables, nacieron los cielos y los rumbos del mundo, las fuentes y los ríos, los árboles, los animales y todos los humanos. Nada extraño que el mundo entero tuviera al fin cuerpo y contornos de mujer. Así lo vieron los sabios antiguos y así lo expresaron los artistas aztecas.

La diosa madre, con rostro de Coatlicue, faldellín de serpientes, prestó su cuerpo. Había dado ya a luz sobre un escudo de vientre pleno al dios de la guerra, Huitzilopochtli, al que había concebido después de colocar en su seno un copo de plumas finas. Los aztecas fueron su pueblo escogido. Seguidores de Huitzilopochtli, fueron también maestros en el arte de honrar a Coatlicue. A ellos se debe la personificación de la diosa en la más grande y completa de sus acciones, la de dar cuerpo y figura al universo de los hombres y de los dioses.

Para los antiguos mexicanos la tierra está situada en el centro de un universo que se prolonga horizontal y verticalmente. Alrededor de la tierra que es el antiguo monstruo femenino, están las aguas divinas que se extienden por todas partes, hasta hacer del mundo "lo enteramente rodeado por el agua." La tierra se distribuye en cuatro grandes cuadrantes que parten de su ombligo y se prolongan hasta donde las aguas que la rodean se juntan con el cielo y reciben el nombre de agua celeste. Arriba y abajo de este mundo hay nueve cielos y nueve pisos inferiores. Los cielos forman la bóveda azul surcada de caminos, separados entre sí por travesaños celestes. En los primeros planos están los caminos de la luna, los astros, el sol, la estrella de la tarde y los cometas. Luego vienen los cielos de los varios colores, la región de los dioses y, por encima de todo, el Omeyocan, lugar de la dualidad. Los pisos inferiores, cada vez más profundos, llevan a la región de los muertos, el país de los descarnados. En lo más hondo se hallan, para dar omnipresencia a la dualidad que todo lo abarca, la señora y el señor que son dueños del lugar común de perdernos.²²

Éste es el universo al que prestó Coatlicue su cuerpo de mujer. El antiguo monstruo que flotaba en las aguas divinas pareció erguirse. Comenzó entonces la nueva edad de movimiento y la que tiene falda de serpientes le dio su vida y la totalidad de su ser. Coatlicue, en el mito y en la escultura piramidal y cruciforme de piedra, evoca los rumbos y los planos distintos del mundo. El cuerpo de mujer se levanta apoyado en las garras del antiguo monstruo. Sus pechos flácidos han alimentado la vida y mantienen muy cerca a la muerte. Un collar hecho de manos y corazones recuerda la lucha y el alimento con que se mantiene la diosa. Las faldas de serpientes con caracoles y piedras preciosas ocultan en la diosa y en el universo, pensado y vivido con formas de mujer, aquello mismo que es recipiente universal de las semillas. Pero Coatlicue, el universo-mujer, no luce en lo más alto, ni el rostro sonriente de Xochiquétzal ni el temible de Tlazoltéotl. Aquí, el antiguo temor desaparece para dar su lugar al misterio. Dos cabezas de serpiente con piedras preciosas, la suprema dualidad, completan y culminan el sentido cabal de un mundo en el cual, para que algo exista, es necesario fecundar y concebir.²³

Señora y Señor de la Dualidad, el Dueño del cerca y del junto, que mora más allá de los pisos celestes, deja sentir su acción en la tierra y habita también en la región de los muertos. Es madre y padre que vive en unión sin quebranto, en fecunda soledad de dos que son uno y hacen florecer la existencia:

Llegó el hombre,
y lo envió aquí nuestra madre, nuestro padre,
el señor dual, la señora dual,
el del sitio de las nueve divisiones,
el del lugar de la dualidad.²⁴

Lo eterno femenino en su mansión de Omeyocan, lugar de la dualidad, no es ya falaz atracción, ni anhelo de sangre, ni monstruo terrestre, ni devoradora de inmundicias. Es por en-

cima de todo verdad sutil requerida por el Dador de la vida, sin la cual no habría en él ni diálogo, ni acción que fecunda y concibe, ni menos amor. En el interior del cielo inventa así su palabra el que es como la noche y el viento en la dualidad de la unión que, desde siempre y sin fin, se consuma.

Los mortales se preguntan en la tierra si es que pueden acaso acercarse y conocer al Dador de la vida que es madre y padre. Invocamos dioses innumerables. Pero también, como si entre las flores buscáramos a alguien, así vamos en pos de la que es nuestra madre. Sólo un instante dura aquí la reunión. No tenemos raíz. Lo que es verdadero, dicen que no es verdadero. ¿Podremos encontrar al fin el regazo de la diosa madre? ¿Adónde iremos, donde la muerte no exista?

Nuestra madre lo sabe, conoce la destrucción de los mundos, presiente la guerra, la muerte y el fin. A veces se la oye gemir por la noche. "Una mujer lloraba, alzaba la voz y decía: hijitos míos, tenemos ya que marcharnos. Y otras veces decía: ¿hijitos míos, adónde os llevaré?"²⁵

Pero aunque la buscamos y adoramos porque es nuestra madre, a veces también damos entrada a la duda y nos preguntamos, ¿los rostros femeninos en la tierra, nuestras mujeres logradas, son acaso su imagen o son quizás la única verdad femenina y la diosa madre y todas las diosas y todas las vírgenes que no conoció el hombre náhuatl, son sólo flores y cantos, metáfora inventada por los mortales que van en pos del regazo materno y anhelan la unión sin quebranto?

De una cosa tenemos certeza: los soles acaban, el Dador de la vida parece cansarse. De su libro de pinturas, donde todos existimos, con tinta negra va borrando lo que había dibujado, "borrará también lo que fue la hermandad, la comunidad, la nobleza:"

Por esto lloro,
porque tú te cansas,
¡Dador de la vida!
Se quiebra el jade,
se desgarran el quetzal,
tú te estás burlando.
Ya no existimos.
¿Acaso para ti somos nada?
Tú nos destruyes,
tú nos haces desaparecer aquí.²⁶

En la tierra recordamos un momento que de la región de la niebla y la lluvia llegó Xochiquétzal, diosa del buen querer. Las aguas amarillas y verdes de Tlazoltéotl pueden purificar a los hombres. El monstruo tiene bocas innumerables. Enciende la guerra, pero también se aflige y llora por las noches. Es nuestra madre, la de rostro con máscara, que ha venido a barrer los caminos. Es la mujer de quien todos venimos y a la que todos buscamos. Ya llegó la mitad de la noche. Después volverá a levantarse la aurora, el sol lucirá una vez más. Hay un brotar de piedras preciosas, florecen los plumajes de quetzal, ¿son acaso el corazón de mujeres y diosas?

En realidad, como lo dejaron dicho los sabios antiguos, "nadie puede decir algo verdadero en la tierra. Sólo es como un sueño, sólo vinimos a soñar, sólo vinimos a dormir..."²⁷

¿Cuando nos hayamos ido
nada quedará de nosotros?
¡La fascinación del faldellín de estrellas,
al menos flores, al menos cantos!²⁸

²¹ La relación de la creación de la tierra que aquí se ha transcrito forma probablemente parte de los textos y testimonios recogidos por Fray Andrés de Olmos. De ella se conserva solamente una antigua versión al francés preparada por el cosmógrafo de Francisco I, André Thevet. El texto completo de este manuscrito fue publicado por Edouard de Jonghe en: Thevet, André, "Histoyre du Mechique", *Journal de la Société des Americanistes de Paris*, pp. 1-41. Existe asimismo versión castellana de este texto publicada por W. Jiménez Moreno, en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, México 1961, t. xx, 2, 183-210.

²² *Textos de los Informantes Indígenas de Sahagún*, (Códice Matritense del Real Palacio), Himnos Sacros a los Dioses, Himno IV en honor de la Madre de los Dioses. Véase la edición completa de estos himnos con comentarios en, Garibay K., Angel Ma., *Veinte Himnos Sacros de los Nahuas*, Seminario de Cultura Náhuatl, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, 1958.

²³ *Anales de Cuauhtitlán*, fol. 1 y 3

²⁴ Las palabras atribuidas a la diosa Quilaztli se conservan en la versión castellana de lo que parece haber sido un antiguo himno prehispánico, en Torquemada, Fray Juan de, *Monarquía Indiana*, reproducción de la segunda edición, 3 Vols., México, Editorial Salvador Chávez Hayhoe, 1943, tomo I, p. 81.



"Aparecieron otras formas de invención que nada tenían que ver con la muerte"

⁵ *Cantares Mexicanos*; Ms. de la Biblioteca Nacional de México. Reproducción fotográfica publicada por Antonio Peñafiel, México, 1904, fol. 5 v.

⁶ El poema transcrito forma parte de los textos recogidos por don Hernando Ruiz de Alarcón y está incluido fragmentariamente en náhuatl en *Tratado de las Supersticiones de los Naturales de esta Nueva España*, Ediciones Fuente Cultural, México, 1953, pp. 177-179.

⁷ Este conjuro, relacionado con la diosa Xochiquétzal, se encuentra asimismo en su texto náhuatl, en la obra antes citada de Ruiz de Alarcón, pp. 109-110.

⁸ *Textos de los Informantes de Sahagún* (Códice Florentino), Libro I, en el que se describen los atributos de los diversos dioses. La versión del texto, como todas las incluidas aquí, fue preparada por el autor de este trabajo.

⁹ *Textos de los Informantes de Sahagún*, (Códice Florentino), Libro VI, Capítulo XVII, fols. 74 v. y ss.

¹⁰ *Textos de los Informantes de Sahagún*, (Códice Matritense de la Real Academia, fol. 110 v.

¹¹ *Códice Florentino*, Libro VI, fol. 84 r.

¹² *Códice Matritense de la Real Academia*, fol. 112 r.

¹³ La idea expresada en este párrafo proviene de un discurso de la madre náhuatl a su hija pequeña, conservado en el *Códice Florentino*, Libro VI, fol. 80 v. y ss.

¹⁴ *Textos de los Informantes de Sahagún*, (Códice Matritense de la Real Academia), fol. 88 v.

¹⁵ *Códice Florentino*, Libro II.

¹⁶ *Textos de los Informantes de Sahagún*, (Códice Matritense de la Real Academia), fol. 88 v.

¹⁷ *Cantares Mexicanos*, Ms. de la Biblioteca Nacional de México, fol. 7 r.

¹⁸ *Códice Florentino*, Libro VI, cap. XVIII.

¹⁹ *Anales de Cuauhtitlán*, fol. 4.

²⁰ *Cantares Mexicanos*, Ms. de la Biblioteca Nacional de México, fol. 35 r.

²¹ *Códice Florentino*, Libro VI, fol. 148 v.

²² Para un estudio más amplio acerca de la imagen del universo en el pensamiento de los antiguos mexicanos, véase León-Portilla, Miguel, *La Filosofía Náhuatl, estudiada en sus fuentes*, Segunda Edición, México, Seminario de Cultura Náhuatl, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional de México, 1959, pp. 81-125.

²³ El Dr. Justino Fernández en su ya clásica obra *Coatlicue, estética del arte indígena antiguo*, Segunda Edición, México, Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional de México, 1959, ofrece un análisis cuidadoso del simbolismo de la escultura de la diosa madre en cuanto representación plástica de la visión azteca del mundo.

²⁴ *Códice Florentino*, Libro VI, fol. 148 r.

²⁵ *Ibid.*, Libro XII.

²⁶ *Cantares Mexicanos*, Ms. de la Biblioteca Nacional de México, fol. 12 v.

²⁷ *Ibid.*, fol. 13 r.

²⁸ En el texto citado he añadido la línea acerca de la fascinación del Faldellín de estrellas. No parece esto del todo injustificado como licencia literaria, ya que justamente se ha estado tratando de flores y cantos en relación con la mujer. El texto procede de la misma colección de *Cantares Mexicanos*, fol. 10 r.